

## Katō Hiromitsu: una mentalidad japonesa entre Oriente y Occidente.

Yamada Satoru

AECA: Asociación Española de Críticos de Arte y AICA: Asociación Internacional de Críticos de Arte  
Salamanca, 8 de febrero de 2019

“Hay cadáveres debajo del árbol de cerezo”. Con esta espantosa frase da comienzo la novela de Kajii Motojirō (1901-1932) titulada *Debajo del árbol de cerezo*. El protagonista ha sido atrapado por la belleza de este árbol, pero al mismo tiempo siente la existencia de cierta “fealdad”. Se inquieta ante la hermosura de sus flores, y sin pensar imagina que “*la raíz del árbol de cerezo chupa el humor del organismo que cae de los cadáveres, humanos o animales*”. No resulta extraño que este pensamiento pertenezca al propio escritor, puesto que falleció de tuberculosis en plena juventud, cuando tenía aún 31 años.

Desde tiempos antiguos, la gran belleza de las flores de cerezo y su caída impresionaron a los japoneses, en unas ocasiones de manera apasionada, y en otras de forma morbosa. Ahora me gustaría presentarles a un pintor que toma su inspiración de este árbol, Katō Hiromitsu. En un momento de su vida en que se hallaba preocupado por el rumbo que tomaría su futuro profesional, entró por azar en una exposición de pintura japonesa y quedó anonadado. Fue entonces cuando decidió dedicar sus esfuerzos a esta disciplina. Tras ingresar en Bellas Artes estudió también pintura occidental, pero su talento artístico estaba más adaptado originalmente a la pintura nipona. Los materiales que se emplean en esta no son tan adecuados para la pintura densa como la que se utiliza en las obras de artistas como Antonio López. Por ello se dedicó a investigar a los maestros clásicos de su propio país, prestando especial atención a Itō Jakuchū (1706-1800) que, desconocido en la época, actualmente es considerado “*kisō no gaka*”, o un pintor realmente fabuloso. A pesar de que los profesores consideraban a Katō un alumno extravagante, si tenemos en cuenta que Jakuchū es valorado como un genio, no cabe duda de que tenía buen ojo para la pintura japonesa. En su obra podemos constatar el atrevimiento compositivo que aprendió de las obras de su antecesor, al que ha aunado su propio ingenio y, probablemente, también la esencia de la pintura occidental que aprendió durante sus años en la facultad. Porque si se limitase únicamente a la técnica tradicional de la pintura nipona, que exige una estilización en sus presupuestos, no podría, en sus propias palabras, “*expresar el interior de ninguna manera*”.

Para esta exposición, tomó como motivo central de sus obras el cerezo y los paisajes de su prefectura natal, Miyagi. Esta variedad de árbol está profundamente arraigada en la estética japonesa por su fugaz belleza. Podemos decir que el cerezo es la raíz del arte de Katō, pero también lo es de la propia cultura nipona. Curiosamente, el pintor no representa el árbol en su totalidad, sino que se centra, de manera atrevida, en sus flores. Los japoneses, que practican el sintoísmo, son capaces de ver el misticismo incluso en un simple pétalo. Basándose en esta idea, el propio Katō considera que esta forma de pintar es perfectamente válida.

En general, los escenarios son nocturnos, con un fondo lógicamente negro. Pero el negro de Katō nunca es mera oscuridad, es maravilloso. A él le añade instintivamente el color dorado o plateado, lo que produce un estupendo efecto con el que destaca cada uno de los pétalos representados. También cambia la imagen de la luna en el fondo, dependiendo de la ubicación de la luz o del sol. La magia del negro ofrece un gran escenario al cerezo, como si un ardiente deseo de mostrar su belleza antes de morir le embargase.

Puede que, en un primer vistazo, se vea su obra como una pintura japonesa normal, pero la iniciativa, introducida sofisticadamente por el autor le confiere, sin duda alguna, un estilo propio.

“Belleza y muerte”. Los japoneses se sienten atraídos por la hermosura de la vida del cerezo, porque instintivamente sienten la existencia de la muerte detrás de su belleza. El pintor japonés aborda igualmente otros temas, como la hoja rojiza o la glicina japonesa, pero las características son similares a las aplicadas al cerezo. Muestra el momento floreciente en la vida de los seres que, un día, tienen que morir. Al preguntarle sobre qué tenía pensado hacer en España, Katō contestó que quería “*mostrar a los españoles mi mundo con firmeza. Quiero ver si pueden comprenderme y sentir simpatía por mí*”. Sin duda será un reto, y desde luego la interpretación que hace cada uno es libre. Pero lo cierto es que a mí también me parece interesante pensar en cuál será la reacción de los españoles a su obra y, de forma particular, qué inspirará a los espectadores la hermosura del cerezo. ¿Será la muerte, como a los japoneses, o tal vez otra cosa?